

emancipación. Pero sea vuestra corona la gloria de recibir á Jesucristo, y vuestro derecho la libertad absoluta de llegaros á Él en todo tiempo: vuestra gloria consiste en uniros á Jesús sacramentado, esplendor del Padre, en quien y por quien resplandece toda gloria verdadera: procurad, pues, poseerla en toda su plenitud en la patria celestial.



LA COMUNIÓN; SACRAMENTO DE PAZ CON DIOS

Dicite pusillanini, confortamini et nolite timere.

«Tened confianza, hombres pusilánimes, y no temáis.»

(ISA., XXXV. 4.)

I

El hombre pecador siente instintivamente miedo á la presencia de Dios. Desde el momento en que escucha la voz de Satanás, se esconde, huye de la presencia de su Criador, y no se atreve á responder á su voz.

Este sentimiento de temor es tan natural en nosotros, cuando hemos pecado, que hasta los niños dudan de llegar á su madre, que tan tiernamente los ama, si por ventura la han desobedecido. De tal manera están poseídos de este temor los criminales que huyen de la justicia humana, que se manifiesta en su rostro, y á veces su aspecto basta para convencerlos de su crimen.

Esto mismo, en mayor grado todavía, nos sucede

respecto de Dios. ¿Creéis, por ventura, que muchos pecadores son pecadores endurecidos que perseveran en su pecado sólo por orgullo? No: tienen miedo á Dios, y cuanto más culpables son, tanto mayor es el espanto de que están poseídos. Acaso entrarán todavía más adentro en el abismo de sus crímenes; acaso cometerán pecados sobre pecados; pero esto mismo probará todavía más su terror. ¿Qué muestra esta conducta, sino la desesperación, la falsa idea de estos pecadores, que creen que Dios no los perdonará y que habrán de caer en las manos de su justicia? Los que se niegan á entrar en la iglesia, nieganse porque tienen miedo á Nuestro Señor; y si por ventura entran en ella contra su voluntad, están violentos y temblando. El pecador tiene miedo de sí mismo: no puede estar á solas con su corazón y su conciencia: le da miedo de verse y por eso procura aturdirse, y huye.

Este sentimiento de temor nos lo muestra la Sagrada Escritura tan vivo en el hombre, que aun los más Santos temblaban cuando el Señor se les mostraba ó les hablaba por medio de algún ángel. La misma Santísima Virgen, con ser tan pura, tembló en la presencia del ángel del Señor: el temor dominaba á la humanidad.

Cuatro mil años tardó el Señor en preparar la aproximación del hombre á Dios, la cual sólo llega á consumarse por medio de la Eucaristía. La Encarnación es ya mucho en orden á esta aproximación, pero no basta. Jesús nos muestra su bondad sólo por espacio de treinta y tres años; bien puede afirmarse que si después de aquel tiempo Jesús nos hubiera privado de su presencia, seríamos tan pusilánimes como los judíos antes de la venida del Salvador. ¿Habría

sido suficiente la Encarnación, obra de salud, magnífico monumento del amor y del poder de Dios, para establecer la confianza de amigos entre el Criador y la criatura? De ningún modo: la amistad exige comunicación personal y constante.

Pero Nuestro Señor instituye este Sacramento, y por medio de él está en nuestro pensamiento, en nosotros, con nosotros, á nuestro lado; continúa y perfecciona su obra de amistad íntima. Vela su gloria, muéstrase bajo el incógnito de la amistad, lo mismo exactamente que si un Rey tomase el vestido de un pobre y viniendo á sentarse á su mesa le dijera: «Yo soy de tu familia; trátame como á uno de los tuyos.» Pero ¿qué digo? ¿Esto es poco todavía! Jesús se hace pan: ¿quién podrá temer á un grano de trigo? ¿Puede concebirse medio mejor de ocultarse la majestad de Dios?

II

Ved, pues, cómo se hace fácil y amable la comunicación entre Dios y las criaturas. Estando Jesús oculto en la Eucaristía, vosotros podéis acercaros á Él y oír su palabra divina. Si no fuera así, una sola palabra que saliera de su boca haría temblar de espanto al mundo entero, como sucedió en el monte Sinaí; una sola palabra amorosa nos abrasaría y nos consumiría; una sola palabra amenazadora bastaría para anonadarnos.

Por otra parte, si Jesús no velara sus virtudes en la Eucaristía; si no las pusiera, por decirlo así, á nuestro alcance, ni siquiera podríamos concebir la esperanza de imitarle. Pero ocultándolas, tomando

más bien la apariencia de quien obedece á modo de un cadáver, con obediencia del todo material, nos anima á seguir su ejemplo. No de otra manera tartamudea la madre, da pasitos cortos para enseñar á andar y á hablar á su tierno hijo.

La Eucaristía puede definirse diciendo que es el mismo Jesús en cuanto nos conduce y aproxima á Dios. ¿Mas será posible describir los misterios de íntima unión que Jesús obra con nosotros en la Comunión? La amistad supone unión; sin unión no se da perfecta confianza. Jesús quiere unirse personalmente á cada uno de nosotros. Con santo atrevimiento dijo Moisés al Señor que le mostrara su faz. Al principio no accedió el Señor á los deseos de Moisés; mas habiendo él insistido en su demanda, Dios no pudo resistirse á aquella prueba de confianza, pero le mandó que permaneciera lejos y que no hiciera más que pasar por delante de Él, para que no fuera consumido por el esplendor de su gloria. Moisés vió un rayo de la majestad de Dios, un solo rayo, y por haberlo visto se tornó él mismo tan esclarecido, que durante su vida entera permaneció una señal luminosa sobre su rostro.

Si Jesús nos mostrara su gloria en la Eucaristía, nos sucedería lo mismo que á Moisés; mas ¿qué sería de nuestra amistad, de nuestra intimidad con Él? Moisés, deslumbrado, ya no sintió deseo de hablar con Dios ni de abrirle su corazón. Pero Jesús desea nuestra amistad, quiere que le tratemos como á amigo. Por eso se reviste de un cuerpo humilde: á nadie causa temor, sólo vemos una cosa que desde nuestra infancia estamos acostumbrados á ver; la forma de pan: y sentimos valor para hablarle abriéndole nuestro corazón; Nuestro Señor nos ha sorprendido.

Zaqueo no se atrevía á desear hablar á Nuestro Señor: con sólo verle se contentaba. Jesús le sorprende y le llama por su nombre. Zaqueo obedece, y se siente enteramente mudado por tanto amor. Ya no se acuerda de que ha sido un miserable pecador; no: después de hacer un acto sincero de humildad, recibe á Jesús en su casa y goza sin temor de su dulcísima presencia.

Si Jesús nos enviara un ángel que nos anunciara y nos trajera la sagrada Comunión, no nos sorprendería como nos sorprende; nosotros temblaríamos de espanto mucho tiempo antes de recibirla. Mas para que podamos saborear nuestra dicha en la Comunión es necesario que seamos sorprendidos; y, en efecto, sorprendidos somos. Porque nuestros ojos sólo ven accidentes, humildes formas; ésta es la gracia de las gracias, sin la cual nos sentiríamos enteramente poseídos de turbación al comulgar.

Bueno es estar admirado, mas no turbado; la emoción nos hace pensar en Aquel á quien vamos á recibir y menos en nuestras propias miserias.

¿Y qué hemos de hacer sino alegrarnos cuando Nuestro Señor está en nosotros? Su bondad nos oculta el esplendor de su santidad y nos hace olvidarnos de su poder, de su gloria y de su grandeza.

Regocijémonos, pues, á causa de esta admirable invención de Dios en favor nuestro. La Eucaristía hace que Jesús esté presente entre nosotros; la Comunión nos introduce en su amistad y trato íntimo.

¡Oh dichosa culpa! ¡Cuando éramos inocentes, Dios era nuestro Dueño y Señor; ahora es nuestro amigo, nuestro comensal y nuestro manjar!





LA COMUNIÓN, FUENTE DE CONFIANZA EN DIOS

Confidite: ego sum.

«Tened confianza: soy yo.»

(Marc., VI, 50.)

I

EL acercar el hombre á Dios destruyendo el temor instintivo que le domina, no es el fin único de la Eucaristía, sino inspirarle además confianza, que es un fin más precioso todavía. En rigor podríamos estar en la presencia de Dios; pero ¿quién se atrevería á acercarse á Él y á hablar con Él, si el mismo Dios, movido de bondad, no se ocultase á nuestras miradas, y allanase todas las desigualdades que median entre Él y nosotros? Ya durante su vida mortal velaba con su humanidad el esplendor de su divinidad, de tal manera que los pecadores y los niños se atrevían á acercarse á Él: sólo se mostraban en Jesús la bondad y la misericordia.

Pero hoy que ya ha resucitado triunfante y glorioso, ¿quién se atreverá á hablar con Jesús? Ha con-

quistado el título de juez de vivos y muertos, y como tal quiere ser temido y adorado. Claro que siempre es el Dios bueno y misericordioso, pero su estado se ha mudado; y si no tuviéramos la Eucaristía, no nos atreveríamos á hablarle con sencilla confianza. Nuestro Señor ha instituido este Sacramento para que le amemos, para que le miremos con tanto amor y tan tierno afecto como le tendríamos si todavía viviera vida mortal. Nosotros los sacerdotes os predicamos, como San Juan Bautista, perdón y misericordia; pero no podemos daros el amor y la confianza ni establecer entre vosotros y Nuestro Señor la tierna y familiar comunicación que Jesús desea mantener con vosotros.

Cuando Jesús vivía vida mortal sobre la tierra, todo su ser revelaba su bondad: todo Él mostraba amor y atraía los corazones. Ahora está oculto, pero su bondad trasciende á través de la nube que le oculta á nuestras miradas. Esta nube no lo encubre de tal manera que cuando nosotros nos lo representamos, no veamos siempre los rasgos de su bondad y ternura para con nosotros. De esta suerte se representa en nuestra alma con las tintas del más tierno amor. Viendo las santas especies, nos acordamos al punto de lo que fué Jesús antes y de lo que es ahora: amor, bondad, misericordia y ternura. *Ecce Agnus Dei.*

II

La familiaridad debe manifestarse sobre todo mediante íntimas y amorosas pláticas. Hay en estas pláticas palabras que electrizan y que os dan á gustar de un encanto irresistible. Oyendo á Nuestro

Señor decían las multitudes: «Jamás ha hablado nadie como habla este hombre.» La dulzura de sus palabras movía los corazones de los pecadores, que no podían resistir á su bondad. Aquí Jesús nos habla interiormente. ¿Cuáles son sus palabras? ¿Qué nos dice este su amistoso lenguaje? Sin duda las habéis oído muchas veces. Son de suyo dulces y suaves, y algunas, aunque pocas veces, severas... No es posible resistirse á ellas... ¿No habéis estado interiormente recogidos á los pies de Nuestro Señor? ¿No le habéis oído deciros cuando vuestro arrepentimiento era sincero: «Os perdono vuestras culpas; no hayáis temor?» ¡Qué dulces lágrimas aquellas con que habéis respondido á estas palabras! La voz interior es sin duda más penetrante que el sonido material de las palabras: el oído del alma es más fino y delicado que el del cuerpo. No hay cosa más cierta que esta verdad; en la Santísima Trinidad hay una palabra tipo de toda palabra: palabra interior, palabra verdadera, pues es el mismo Verbo. ¿No nos conmueve el simple recuerdo de la palabra de nuestro padre ó de nuestra madre, ya difuntos, como si ellos volvieran de nuevo á la vida? Hay, pues, una palabra interior y espiritual; la palabra más verdadera, la que conmueve es la palabra interior: la palabra exterior no basta para conmovernos.

La palabra de Jesús en la Eucaristía es palabra íntima; penetra hasta lo más profundo del alma. Cuando algún alma desnuda de virtudes y de merecimientos, conociendo y confesando su pobreza, se llega al Salvador y le habla con la sencillez y confianza de un niño que habla con su madre, ¿qué es por ventura lo que la atrae, sino el encanto de la intimidad? ¿Se atrevería á hablar así, con el corazón

en la mano, en presencia de testigos? No por cierto: ha oído decir á Jesús: «Venid á mí todos los que estáis atribulados, que yo os aliviaré», y ha venido. En secreto habla á Jesús de lo íntimo de su corazón, y se deja llevar en pos de una conmovedora confianza.

Esta íntima y suave invitación es la que nos convida á la sagrada Comunión; si no fuéramos así llamados, jamás nos atreveríamos á acercarnos á la sagrada Mesa. Porque la gracia de la preparación á la Comunión es una gracia de confianza, y no gracia de examen, ni aun gracia de oración. Buenas son estas cosas; pero la verdadera preparación consiste en tener confianza en aquellas palabras: «Yo soy el Dios de vuestro corazón, no temáis.» Con esta preparación recibe Dios más honor que el que recibiría si os prosternarais en tierra sin esperanza.

Acaso diréis que al comulgar sentís el corazón seco y sin devoción, y que no sale de él afecto ninguno. La razón es porque no ponéis atento oído á las palabras de Jesús en lo íntimo de vuestra alma, porque no os postráis á los pies del Salvador, como la Magdalena, que se deshacía en lágrimas de alegría aunque el Señor no le dirigiera palabra ninguna. Penetrad, pues, en su palabra íntima, que no es sino la manifestación de su ternura. Mientras estamos trabajando no podemos comer. El Pan celestial que vais á recibir es el Verbo, la palabra de vida: es preciso oírla en paz y reposo.

III

La acción de gracias debe hacerse todavía con mayor recogimiento que la preparación. Obraríais como niños si luego de comulgar os afanarais en ejercicios continuados. Cosa buena es, sin duda, seguir un método, escoger un medio de ejercitar la devoción después de haber comulgado, si no sentís recogimiento interior. Pero esperad un momento. Tenéis un amigo en vuestra compañía; es, pues, natural que le atendáis y le oigáis. Mas por desgracia esto es lo que muchos rehusan. Semejante conducta es no conformarse con los deseos del Salvador. Representanse muchos á Jesús viniendo á reprendernos por nuestros pecados. Pero no sucede así. Los amigos no vienen á nuestra casa para dirigirnos cargos; y aunque así fuera, sus primeras palabras no son de censura. Nuestro Señor, tenedlo muy presente, jamás os hace cargos en los primeros momentos después de la Comunión. El demonio será en todo caso quien os turba, deseando impedirnos gozar de las palabras de suavidad: esfuérzase en mostraros á Jesús como Señor imperioso, como Juez severo, y en espantarnos por este medio: á veces casi se siente uno movido á interrumpir la acción de gracias y á huir de las vengadoras miradas del Señor. Pero no; no es ésta la condición de Dios Nuestro Señor.

Las almas perezosas se dejan llevar de estos pensamientos después de la Comunión. Miserable pecadora soy..., etc. Esperad, pues, que vuestro corazón se dilate, que una mirada que os dirija el Salvador será más eficaz para conmooveros que todos

vuestros esfuerzos. ¿Por ventura cuando el rico bienhechor va á visitar á un pobre en su mísera vivienda, le pone de manifiesto sus riquezas y su nobleza al entrar, comparándolas con el miserable estado del infeliz á quien desea proteger? De ningún modo; para humillarlo de esta suerte valdría más que no le visitara. Antes por el contrario, le anima, le consuela, se humilla cuanto puede para hacer nacer la simpatía en el corazón del pobre.

Si no gozáis de los consuelos de Jesús cuando le recibís en la Eucaristía, la razón es porque no aprovecháis estos preciosos momentos: abridle y dilatad vuestro corazón: todo no lo ha de hacer Jesús.

El Señor — dice la Sagrada Escritura — llamó á Samuel en el silencio de la noche para revelarle su designio. Samuel no conocía la voz del Señor, porque nunca la había oído. Dos veces volvió á dormirse después de haber oído la voz de Dios, hasta que habiéndole dado el sumo sacerdote la clave de las comunicaciones sobrenaturales, que consiste en hacer oración, en hablar y en escuchar á Dios, dijo al Señor, que de nuevo le llamaba: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.» Y el Señor entonces le reveló los secretos de lo porvenir.

Esto mismo debemos hacer nosotros. Jesús viene á nuestro corazón, pero es preciso que entremos en relación con Él, según la gracia que en tal momento recibimos, que consiste en la familiaridad de la amistad. Verdad es que todo pensamiento de virtud, todo pensamiento divino está en Nuestro Señor; pero como la Eucaristía es el más alto término, el colmo del amor de Dios, la condición de Jesús en la Comunión es de bondad y mansedumbre, bondad no semejante á la que manifiesta en el cielo, sino más

bien á la que mostró durante su vida mortal; pero bondad propia de su estado sacramental, que consiste en la amistad íntima, en la más cordial familiaridad.

Este es el verdadero medio de entrar en comunicación con Nuestro Señor. ¿Por qué, pues, os atrevéis á venir á comulgar, sino porque habéis oído una dulce voz que se dirigía á cada uno de vosotros, con tal bondad que os embargaba los sentidos y os impedía oír todo lo que no era aquella palabra con que amorosamente os llamaba? Por eso, apenas entró el Señor en vosotros, dijisteis en los transportes de vuestra admiración: «¡Oh cuán bueno sois, oh Señor!» *O quam suavis est Spiritus tuus, Domine!* Este es el sentimiento unánime de todos los que comulgan; sentimiento instintivo, que prueba que la bondad y la dulzura de la Eucaristía son los medios divinos por los cuales Dios repara al hombre decaído y se une á él con lazos de amistad y de íntima confianza.

